DISCURSO DE AGRADECIMIENTO DE DON AURELIO MIRO QUESADA

Agradezco muchísimo esta distinción excepcional, que no concede la Academia desde los tiempos de don Ricardo Palma. La agradezco a todos mis colegas académicos, y de modo muy particular a nuestro Director, Augusto Tamayo Vargas, amigo de muchos años y compañero de muchos trabajos. Y me han conmovido las generosas palabras de José Agustín de la Puente Candamo, a quién me tocó recibir en la Academia, riguroso en el dato histórico, firme en sus convicciones, fiel a sí mismo y a la tradición.

¿Qué podría decir después de estos elogios?. Sólo creo que puedo, en este ambiente con calor de hogar, alguna expansión sentimental. A la altura de los ochenta años y entre tantos amigos bondadosos vuelven a mí muchos recuerdos como si fueran una estampa lejana. Ahora mismo, al venir a esta casa de Osambela, he pasado por nuestra Plaza de Armas y me han asaltado mis días infantiles, cuando los faroleros ponían sus escalas para encender los faroles de gas, en tanto que al son de las campanas las beatas salían de la Catedral arrebujaadas en sus mantas de China, y los "indefinidos" -nombre que se ha perdido, como se han perdido ya ellos mismos-, como personajes de Segura se reunían para protestar por los atrasos de la Caja Fiscal.

Precisamente en los portales de la Plaza tuve mi primera experiencia lingüística, porque desde niño me interesó el idioma, y con el idioma las palabras, y con las palabras las letras mismas. En el Portal de Botoneros no pude entonces aclarar el misterio -que ahora me parece tan sencillo- de que en una esquina la lápida a su constructor, el Virrey Conde de la Monclova, se escribiera con "b" labial y en la otra con "v" semilabial. Como entonces

no había kindergartens, ni patio de deportes, ni juegos electrónicos, todo se aprendía en las casas particulares o en modestas salitas de profesoras. A mí me tocó una que nos dibujaba en los cuadernos la familia de palabras, con su descendientes y parientes que bajan y suben en consideración social como los individuos. Otra vez nos mostraba la riqueza del español, con su variedad de formas, para las voces de los animales (gorjear, piar, trinar), desde la "a" hasta la "z" (del aullido del lobo al zureo de la paloma).

Puedo decir también que por mis dos ramas familiares he tenido siempre contacto con las letras. Por la casa de **El Comercio** han desfilado casi siglo y medio los representantes más ilustres de la política, las ciencias y las letras, cuyos nombres veo hoy reproducidos en los libros de texto o en la nomenclatura de las calles. (Manuel Candamo, varón justo, fue en una época Jefe de Redacción, llevado por mi abuelo José Antonio Miró Quesada). Mi abuelo materno, Belisario Sosa, fue padrino de bautismo del tempestuoso José Santos Chocano. Y alguna vez he contado también cómo, de niño, me acercaba reverente a don Ricardo Palma que, con su gorra calada hasta las cejas, la manta abrigadora sobre las piernas, era llevado amorosamente en su silla de ruedas por sus hijas, entre los ficus de ancha copa y las acequias rumbosas de la Alameda de Miraflores.

Por entonces también -no es un alarde- leí por primera vez el **Don Quijote** de Cervantes. Por cierto que no lo aprecié bien, como lo admiro ahora y se me multiplica su significación en cada lectura. Pero se me grabó la imagen del Caballero de la Triste Figura, con su Rocinante, su adarga y su lanza, seguido por su escudero Sancho Panza, que parecía llevar en sus alforjas su gracia refranera y su vieja sapiencia. Creo que desde entonces quedó marcada en mí la afición por la literatura española de la Edad de Oro. Me deleitaban los enredos de las comedias de Lope y de Tirso, me conmovía el vuelo trascendente de los autos sacramentales de Calderón, me deslumbraban las metáforas prodigiosas de Góngora y me atraía el lenguaje con pulpa y con sabor del despilfarrado Francisco de Quevedo.

Cuando ingresé a la Universidad de San Marcos -otra etapa imborrable de mi vida- se me abrieron nuevos horizontes. Hice luego mi primer viaje a Europa, emprendí después la vuelta al mundo, y mis lecturas fueron también universales y desordenadas. Me agrada que mis primeros artículos en *El Comercio* fueran sobre James Joyce, Jean Cocteau, Paul Valéry, y que diera noticias periodísticas de Bernard Shaw, de Yeats, o de Hugo von Hoffmansthal.

Mi generación creció embebida en la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset (cuyo primer número conservo), que nos ponía "a la altura de los tiempos". La *Revista de Occidente* nos europeizaba en general, pero también nos acercaba a la soberbia generación española de Azorín, de Baroja, a la fuerza emotiva de Unamuno, como al donaire y la gracia metafórica del *Romancero gitano* de García Lorca. Y si antes había gozado con el vocabulario de Quevedo, entonces me detenía también la delectación morosa de Gabriel Miró, de quien decía irónicamente Ortega que era a la vez impecable e implacable y que había que leerlo "con la mano en visera, tapando los ojos".

Pero volví después a los clásicos castellanos. En 1935, en el cuarto centenario del nacimiento de Lope, me gradué de Doctor en Letras con una tesis sobre "América en el teatro de Lope de Vega", que me abrió las puertas de la cátedra de Historia de la Literatura Castellana. En 1947 publiqué artículos periodísticos sobre Cervantes, que me abrieron las puertas de la Academia de la Lengua. Como sabía humildemente que no podría decir mucho de nuevo, me dediqué a acercar los clásicos al Perú. Mi discurso de incorporación a la Academia fue sobre "El Perú en la obra de Tirso de Molina". Y luego, en ceremonias conmemorativas de nuestra corporación, me ha correspondido hablar sobre "Lope de Vega y el Perú" y "Calderón de la Barca y el Perú".

Cuando murió el fecundo y facundo Víctor Andrés Belaúnde, mis compañeros, con abrumadora generosidad, me eligieron Director de nuestra Academia, en el cargo ejercido por él y enaltecido por los nombres ilustres de Francisco García Calderón, Ricardo Palma, Javier Prado y José de la Riva Agüero.

Durante doce años no tuve sino cordial cooperación, como la que quiero prestar a mi afectuoso amigo Augusto Tamayo. Hemos dado nuevo ímpetu a la corporación, publicamos anualmente nuestro Boletín (nuestro acto más firme de presencia ante propios y extraños), enviamos a la Real Academia de Madrid papeletas de peruanismos, y con los nuevos Estatutos señalamos nuestros tres fines primordiales: promover el estudio y el correcto uso de la lengua española, esclarecer los modos peculiares de hablarla y escribirla en el Perú, y difundir la obra de los grandes escritores peruanos.

Entre ellos, como penate, el Inca Garcilaso de la Vega, ejemplo vivo de armonía y de síntesis, para quien es peruano todo aquello en que se perciba de algún modo la sensibilidad del Perú y que es el primer natural del Nuevo Mundo que marca su huella con firmeza en el ancho escenario de la cultura universal.

De entonces acá, saben ustedes más que yo. Lo saben tanto, que han permitido el discurso de José Agustín de la Puente, rico de afecto y excesivo en elogios. Me satisface sobre todo haber servido de ocasión para esta fiesta del espíritu, en que nos hemos podido reunir los Académicos con los más auténticos lazos de amistad, en este año en que se cumple el centenario de nuestra corporación.

Sólo me queda expresar, a todos y a cada uno, mi más profunda y emocionada gratitud.